

Hijos del vampiro

Jeanne Kalogridis

Traducción:
Ester Mendía Picazo



Libros publicados de Jeanne Kalogridis

LOS DIARIOS DE LA FAMILIA DRÁCULA

1. Pacto con el vampiro
2. Hijos del vampiro

Próximamente:

3. El señor de los vampiros

Título original: *The Diaries of the Family Dracul. Children of the Vampire.*
Primera edición

© 1995, Jeanne Kalogridis, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-576-9 Depósito legal: B-6179-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para S.

Agradecimientos

Este libro no aparecería en su actual encarnación sin la ayuda de las siguientes personas:

Mi amado consorte, George, que tantos ánimos me da para superar cada fase del proceso creativo y que con tanta delicadeza me ofrece ocurrentes soluciones a los problemas de la trama. Sin su inteligencia, paciencia, férreo amor e irritante sentido del humor, la vida no sería tan divertida ni por asomo.

Mi prima, Laeta, una brillante y nueva escritora cuyos primeros borradores no merezco degustar. Laeta, muchas, muchas gracias por tu agudeza y por el inspirado final. No podría haberlo terminado sin ti.

Mi querida amiga, Kathy O'Malley. Gracias, Kath, por tu constante cariño y tus constantes ánimos y sabias sugerencias.

Mi editora, Kristin Kiser. Kristin, gracias por soportarme; sé que no ha sido fácil. Gracias, también, por tu jovial paciencia y descomunal trabajo. Te prometo que el próximo no tardará tanto.

Mi antigua editora, Jeanne Cavelos. Gracias, mi malvada y depravada gemela, por los comentarios y la inspiración.

Mi agente, Russell Galen. Gracias, Russ, por estar siempre ahí, por ser siempre un consumado profesional y por

ayudarme siempre a entrar en razón con tanta delicadeza por mucho que vociferara y despotricara.

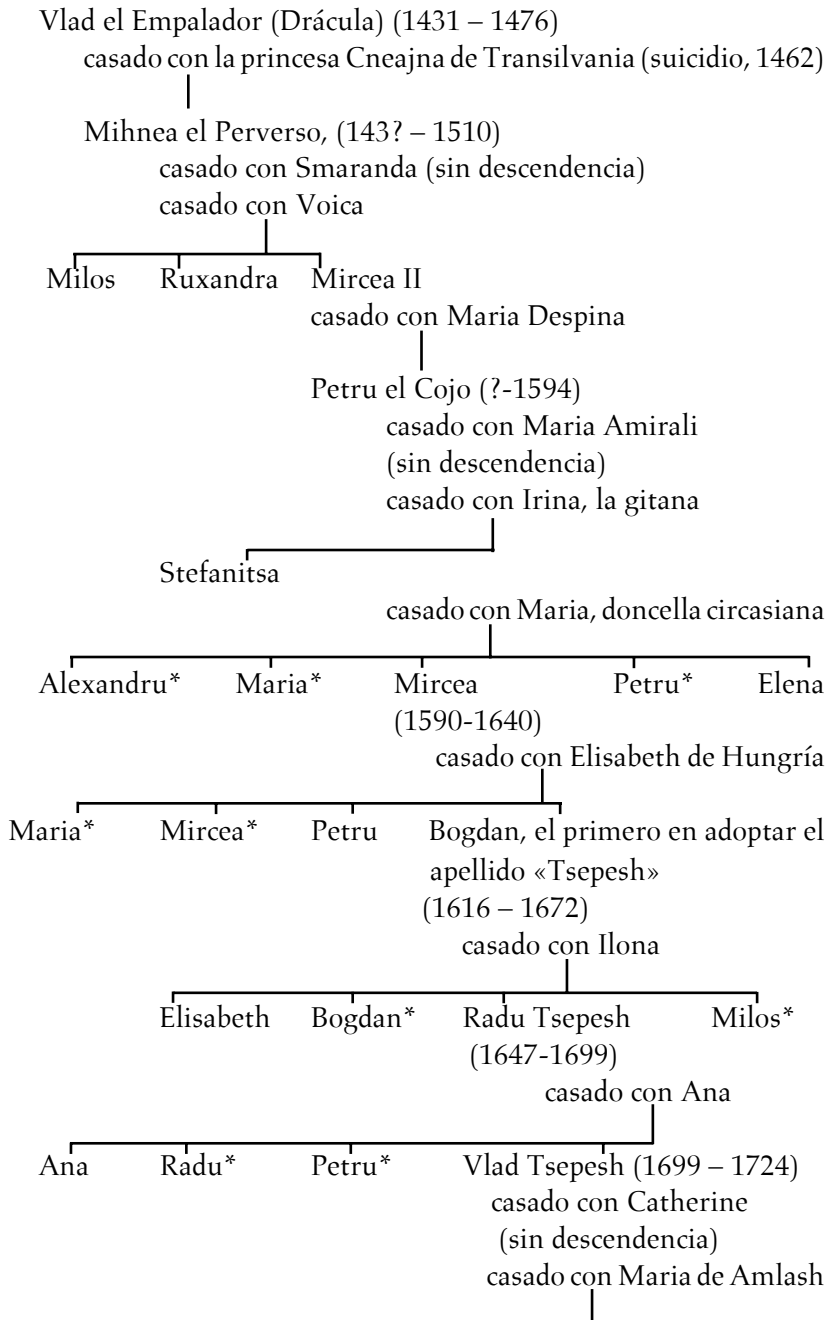
Mi amigo y apoyo, Renee Martínez. Gracias, Renee, por todas esas largas y truculentas discusiones y por esas ideas que con mucho gusto me has ofrecido y que yo con mucho gusto te he robado...

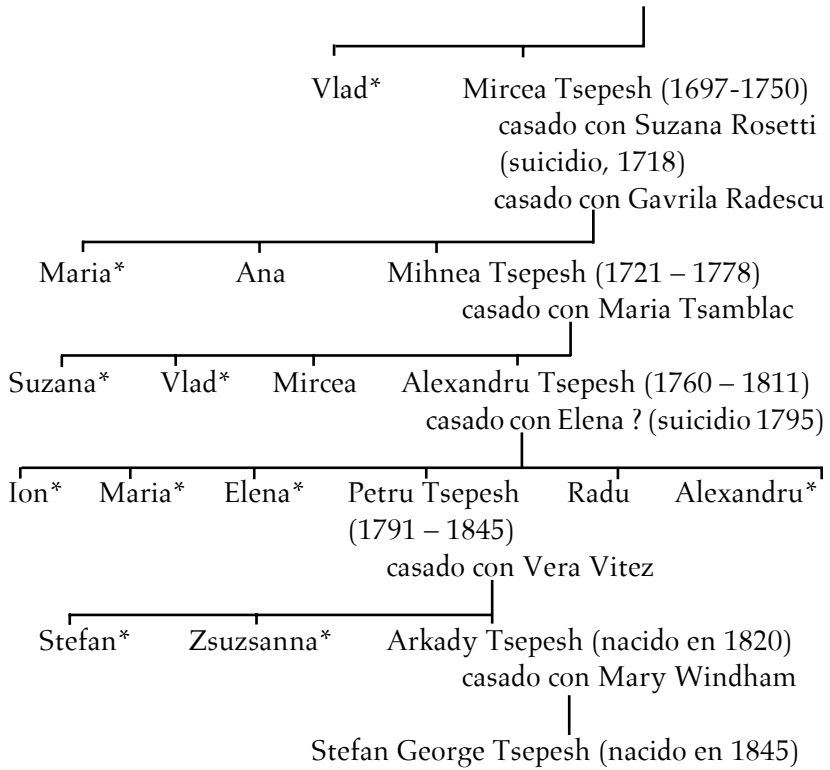
Mi amiga y risueña yogui, Suza Francina, que me proporcionó información sobre Holanda y el idioma holandés. (Y por las clases de yoga que tanto me aliviaron el dolor después de horas pegada al ordenador).

Radu Florescu y Raymond T. McNally, cuyo trabajo *Drácula: el príncipe con varios rostros* ha sido una referencia extremadamente útil en la creación de las novelas de la familia Drácula.

Pero la mayor deuda de gratitud la tengo con mi bella madre, cuya paciencia, gentileza, amor y fe en mitad del sufrimiento ha sido un faro para todos nosotros.

Arbol genealógico de los Dracul





* Muertos en edad infantil o nacidos con deformidades físicas o mentales.

Adaptado libremente de Radu R. Florescu y Raymond T. McNally, *Drácula: el príncipe con varios rostros*, (Boston: Little, Brown, 1989).

«Que tu propia sangre se alce contra ti.»
—Antigua maldición de Wexford

Diario de Mary Windham Tsepesh

(Testimonio de Dunya Moroz)

17 de abril de 1845

Entonces le he pedido que me explicara con más detalle el pacto, el *Schwur* del que me había hablado. No lo ha hecho hasta que la he llevado a mi dormitorio y he cerrado la puerta con llave; e incluso entonces no ha dejado de mirar hacia la ventana, nerviosa. Su relato ha sido tan sencillo, aunque inquietantemente elegante, que la he hecho detenerse y hablar más despacio para poder anotarlo aquí, con sus propias palabras:

Esta es la historia del pacto con el *strigoi* que mi madre me contó, al igual que su madre le contó a ella y que antes le habían contado a su madre.

Hace más de trescientos años, ahora ya casi cuatrocientos, el *strigoi* fue un hombre vivo, Vlad III, conocido por la mayoría como Vlad Tsepesh, el Empalador, *voievod* de Valaquia, al sur. Todos le temían enormemente por su gran ambición y su carácter sanguinario, y sus crímenes hicieron que se le conociera como «Drácula, el Hijo del Diablo».

Hay muchas historias sobre su terrible crueldad, en especial hacia esos que eran culpables de traición o engaño. A las adúlteras se les arrancaban sus partes femeninas antes de despellejarlas como conejos y sus pieles y sus cuerpos se colgaban de dos postes para que todos los aldeanos pudieran verlo. A veces se les introducía una estaca entre las piernas hasta que les salía por la boca. Aquellos que se oponían a Drácula en el aspecto político también morían de un modo horrible, eran despellejados vivos o empalados. En algunas ocasiones empaló a madres, declaradas culpables, por los pechos y

sobre ellos colocó a sus desafortunados bebés, también atravesados por la lanza.

A pesar de su crueldad, Drácula era respetado por su gente porque durante su reinado nadie se atrevía a ser deshonesto, ni a robar, ni a engañar a los demás, ya que todos sabían que pronto serían recompensados. Se decía que uno podía dejar todo su oro en la plaza de la aldea sin temer que se lo robaran. A Drácula también lo admiraban por su justa actitud hacia los campesinos y por su valiente lucha contra los turcos. Fue un guerrero audaz y diestro.

Pero llegó un día en que, en mitad de una campaña, uno de sus sirvientes, que en realidad era un espía turco, lo traicionó y lo asesinó.

Sus hombres lo dieron por muerto. Pero lo cierto fue que Drácula veía su derrota aproximarse, ya que las fuerzas húngaras y moldavas se habían retirado dejándolo vulnerable ante los turcos. Se dice que en ese momento estaba tan hambriento de sangre y poder que hizo un pacto con el diablo por el cual tuvo que beber sangre para hacerse inmortal y poder reinar para siempre, y que deseaba que lo mataran porque sabía que pronto se alzaría de nuevo.

Siendo ya un no muerto e inmortal, el *strigoi* trajo a su familia al norte desde Valaquia, a Transilvania, donde estarían seguros ya que aquí los turcos no eran una amenaza y él tendría menos probabilidades de ser reconocido. Decía ser su hermano, pero lo cierto es que su identidad era susurrada entre los labios de la gente.

Pronto se erigió *domnul* de una pequeña aldea. Fue tremendamente cruel con los *rumini* que desobedecían, pero generoso con los que lo servían fielmente. Sin embargo, enseguida llegaron tiempos difíciles para los aldeanos. Muchos murieron del mordisco del *strigoi* y los que vivían en pueblos cercanos también estaban aterrorizados. Pronto la población disminuyó y los supervivientes descubrieron cómo mantener al *strigoi* alejado. Algunas almas valerosas incluso intentaron destruirlo y el *strigoi* llegó a temer que su maligna existencia pudiera tocar a su fin. También se hizo difícil mantener en secreto todo lo que sucedía en el castillo. Tal vez pudiera controlar la mente de un hombre, de dos o de incluso más al mismo tiempo, pero no podía controlar los actos y pensamientos de toda una aldea. Y por eso no pudo guardar por mucho más tiempo el secreto de lo que estaba sucediendo en el

castillo. Las historias se extendieron por toda Transilvania y pronto se vio en peligro de morir de hambre.

Por eso acudió a los más mayores de la aldea y les propuso el pacto: no se alimentaría de nadie de la aldea, los apoyaría más generosamente que cualquier *domnul* de toda esa tierra y se aseguraría de que los lobos no atacaran al ganado si ellos, a cambio, lo protegían, lo ayudaban a alimentarse de forasteros y de extranjeros, y guardaban silencio en lo que respectaba al pacto.

Los aldeanos aceptaron y el pueblo prosperó. Nadie fue asesinado a excepción de aquellas almas lo bastante estúpidas como para desobedecer. Una generación antes, cuando el mundo estaba dividido y moría de hambre por las guerras de Napoleón, nosotros estábamos a salvo y bien alimentados. Gracias al *strigoi*, nunca hemos pasado hambre en un lugar que sabe lo que es el hambre. El ganado y los caballos ya no morían porque los lobos atacaran en invierno y los *rumini* vivían bien; tanto que se tomó como costumbre ofrecerle voluntariamente los bebés que nacen demasiado enfermos o lisiados como para sobrevivir, y que ahora son muchos, ya que pocos forasteros se establecen en la aldea porque por toda la campiña se ha corrido la voz del pacto.

Además, él acordó lo siguiente: no habría más *strigoi* que él, por el bien de todos. Atraviesa sus cuerpos con estacas y luego los decapita para que no se levanten como muertos vivientes.

A pesar de todo el bien que nos ha traído, los aldeanos lo tememos porque hay muchas historias sobre los terribles castigos que inflige a esos que rompen el pacto, que intentan hacerle daño o que advierten a los que ha elegido como sus víctimas.

Nadie que haya intentado destruir al *strigoi* ha sobrevivido. Muchos aldeanos se quejan y le desean el mal; se quejan y engordan con lo que obtienen de los campos del *strigoi*.

También dicen que tiene un pacto similar con su propia familia, un acuerdo según el cual no hará daño a ninguno de los suyos y el resto de los miembros vivirán felices ignorando la verdad y serán libres de abandonar el castillo para siempre... a cambio de la colaboración del hijo mayor vivo de cada generación.

La he mirado horrorizada, sabiendo en mi corazón lo que respondería cuando le he preguntado:

—¿Qué quieres decir con «colaboración del hijo mayor»?

Ha apartado la cara, incapaz de enfrentarse a mi mirada de desolación.

—Su ayuda, *doamna*. Tiene que ocuparse de que el *strigoi* esté alimentado. Por el bien de la familia, de la aldea y del país...

Diario de Arkady Tsepesh

21 de abril de 1845

—Oh, no —ha dicho ella con un susurro tan áspero que ha parecido cortar el aire que nos separaba, cortar mi corazón con tanta facilidad como la daga de V. cortó la tierna piel de un niño—. Entonces no sabes nada sobre su verdadero pacto... con el diablo. Tu alma, Kasha. La tuya y la de tu padre, y la de su padre tiempo atrás. El alma del hijo mayor vivo de cada generación de Tsepesh: ese es el oro con el que compra su inmortalidad.

Rumanía
Octubre de 1845

Prólogo

Diario de Arkady Tsepesh

Apéndice sin fechar en pergamino aparte

Dejad que empiece por el momento de mi muerte, ya que ese es el mejor punto de partida para este testimonio.

Escribo esto para ti, querido hijo, querido Stefan, que fuiste apartado de mi lado el día después de tu nacimiento, apartado de mi lado el mismo día que tu valiente madre, apartado de mi lado el mismo día que mi vida. No te ahorraré detalles sobre el mal; es mejor que conozcas toda la verdad sobre tu legado, ya que ese horror puede hacer que escapes de él. Escribo esto con la fe de que algún día llegue a ti... antes de que lo haga él.

Porque tú eres el heredero mortal de un monstruo inmortal: Vlad, conocido por algunos como Tsepesh, el Empalador; conocido por otros como Drácula, Hijo del Diablo. Yo, tu padre, estoy unido a él por la sangre y el destino. Cuando su perversa alma muera, también lo hará la mía. Ahora pretende atarte a él, pretende que tu alma compre la continuidad de su inmortalidad. Y cuando tengas un hijo, intentará corromper el alma fresca de ese inocente y pagarse con ello otra generación de existencia.

En cuanto a mi fallecimiento, perecí en brazos del monstruo en la luz gris previa al alba, en la tierra que se extendía más allá del bosque, mientras tu madre y tú escapabais cada uno por un lado. Estuve a un

último aliento de destruirlo, porque aún no me había corrompido, pero en el instante de mi muerte me convirtió en lo que es él, un vampiro; y con ello atrapó mi espíritu entre el cielo y la tierra, impidiendo así su ejecución.

Ahora, al igual que él, soy un monstruo. Pero no sé qué ha sido ni de ti ni de tu amada madre. Lo único que sé es que vivo para llegar al día en que lo vea destruido, y a ti liberado de la maldición familiar...

Diario de Arkady Dracul

30 de octubre de 1845. El dragón despierta.

Eso dicen los *rumini*, los campesinos, cuando el trueno retumba sobre el lago Hermanstadt y resuena contra las montañas que lo rodean. En su *crescendo* oyen la voz de *drac*, el gran dragón: el mismo diablo lanzando a gritos una advertencia a esas almas lo suficientemente insensatas como para no huir de su cólera, lo suficientemente insensatas como para permanecer en las riberas del lago sacudido por el viento ante la tormenta que se está alzando. Docenas mueren cada año, abatidos por la luz en un mortal y abrasador momento.

El sol acaba de ponerse y yo, al igual que la tempestad, acabo de despertar. Sin temor, sigo sentado sobre la fría tierra bajo el cobijo de un altísimo pino y miro con anhelo los deslumbrantes rayos que fugazmente iluminan las nubes amenazadoras y las aguas negras que han atraído a muchos al suicidio. Anhele la muerte, pero ese dulce olvido no es para mí. No hasta que haya hecho mi trabajo...

El aire huele a electricidad; los rayos brillantes e irregulares me deslumbran hasta casi dejarme ciego. Me hacen daño, como una vez me dolió mirar directamente al sol. Incluso sin su luz en esta imponente noche sin luna, veo con la suficiente claridad como para empuñar mi pluma y percibir los colores que me rodean como si fuera de día: el

intenso verde de los árboles y las montañas, el agua añil, los marrones y grises de la agonizante hierba sobre la ribera.

Nuevos truenos, cayendo en cascada desde el cielo y resonando una y otra, y otra vez, mientras martillean las montañas que rodean el lago de un modo tan espantoso que resulta fácil comprender por qué los incultos *rumini* los atribuyen al maligno.

Para mis oídos, no es una advertencia, sino una invitación a la escuela de las tinieblas: la Scholomance, donde los discípulos del diablo adquieren las artes oscuras... y pierden sus almas.

La mía ya la perdí, junto con mi vida mortal, hace meses. Y aun así aquí sigo, vacilante, sin atreverme a aliarme con el mal para luchar desde dentro contra él. Esta es la verdad: para salvar a mi esposa, a mi hijo, a todas las futuras generaciones de mi familia, soy un monstruo. Y seguiré siéndolo hasta que sea lo suficientemente poderoso como para destruirlo, a él, al mayor de todos los monstruos: Vlad, mi ancestro y mi némesis.

Durante meses, desde mi transformación, he sido incapaz de continuar mi diario, incapaz de describir mi infinita desesperación ante la criatura sedienta de sangre en que me he convertido. Ahora veo la necesidad de dejar testimonio en el supuesto caso (¡Dios no lo quiera!) de que fracase y permita así la continuidad de Vlad.

Porque he intentado destruirlo, ¡oh, sí!, lo he intentado. Movido por mi ingenuidad, volví a su castillo dos noches después de mi horroroso renacimiento armado con una daga y una estaca bajo la capa.

Esa noche lo encontré sentado en su salón, como era su costumbre en aquellos idílicos tiempos antes de que todos sus sirvientes hubieran huido, mientras yo aún era un mortal ignorante. Por una vez, recorrí sin temor los pasillos resonantes y no iluminados del castillo, porque podía ver fácilmente en la oscuridad, ver cada mota de polvo, cada araña, cada fina telaraña, y podía oír con una precisión sobrenatural a cada rata que correteaba, cada susurró de la brisa de la noche al otro lado de los muros. Incluso pude oír el ligero murmullo de la dulce voz de mi hermana en el ala más distante del castillo, y la ligera respuesta de un extraño, de un hombre. Tal vez debería haber ido a rescatarlo, pero sabía que si

triunfaba en mi misión, él y una infinidad de personas como él estarían a salvo.

Pude ver, también, los retratos de mis ancestros colgando de las paredes del castillo, comenzando por el del Empalador, con sus duras facciones, sus largos y negros rizos y su bigote colgante. Estaba rodeado por decenas de otros, todos ellos de distintas generaciones, todos con rostros y rasgos que eran variaciones de los suyos...

Todos con almas que estaban obligadas a servirlo mediante un pacto tan antiguo y maligno como su sangre.

Y yo... Yo me parecía más que ninguno. Y, en efecto, me he convertido en un monstruo, como él. Pero soy un monstruo obligado a destruirlo a él... y a mí.

Mi presa estaba en silencio, pero yo conocía sus hábitos. Y así, avancé quedamente por los pasillos hasta que por fin llegué a una puerta cerrada cuyo borde inferior estaba decorado con una cinta de titilante luz.

Hice ademán de abrirla con la mano, pero para mi sorpresa, incluso antes de que mis dedos tocaran el pomo de bronce, deslustrado a lo largo de cuatrocientos años por las manos de mis ancestros, la puerta se abrió de golpe movida únicamente por la fuerza de mi voluntad.

V. descansaba en su sillón, mirando al fuego, que iluminaba sus rasgos, blancos como el marfil, con un cálido brillo naranja, y generaba miles de diminutas llamas que se reflejaban en el decantador de cristal tallado de *slivovitz* junto a su codo. Vestido todo de negro, se encontraba sentado majestuosamente, con las palmas de las manos sobre los reposabrazos y el porte de un anciano patriarca real... a pesar de que su semblante era el de un hombre joven, de mediana edad, con un largo bigote gris acero y un cabello que le caía sobre los hombros.

Se parecía a mi padre, antes de que V. hubiera quebrantado su espíritu por completo, pero prevalecía una cierta crueldad en torno a sus labios y sus ojos verdes oscuros, en vez de la amabilidad de padre.

Ante el perturbador portazo, no se movió, sino que se quedó allí plantado como una roca, con las manos aún aferradas a los reposabrazos y la mirada puesta en el fuego. Lo único que se movieron fueron sus labios, muy levemente, para esbozar una ligera y socarrona sonrisa.

—Arkady —dijo con voz suave—. ¡Qué grata sorpresa! ¿Y cómo están tu querida esposa y tu hijo?

La pregunta me partió el corazón, como él sabía que ocurriría, y no pude más que rezar por que desconociera la respuesta tanto como yo. Cuando no contesté, lentamente giró la cabeza hacia mí.

Al instante, puse la mano sobre la estaca que llevaba en el cinturón. Al verla, su leve sonrisa se convirtió en una mueca burlona. Después, echó la cabeza hacia atrás y se rió, con tantas ganas y tan fuerte que el sonido resonó por las viejas paredes de piedra. Continuó durante un rato mientras yo permanecía allí de pie, furioso y, a la vez, sintiéndome como un estúpido.

Finalmente, y con la respiración entrecortada, se secó las lágrimas de los ojos.

—Discúlpame —dijo con una amplia sonrisa y los ojos resplandeciendo de impuro alborozo—. Discúlpame, querido sobrino. Después de tantos años, uno acaba... hastiado. Uno olvida el proceso de pensamiento del neófito. Arkady —añadió señalando con la cabeza la afilada estaca de madera que llevaba en la mano y a la brillante daga aún enfundada que colgaba de mi cinturón—, ¿de verdad estás pensando en usar esas cosas?

—Lo haré —dije con una voz baja cargada de odio. ¡Y pensar que una vez, ingenuamente, lo había querido!—. Soy más joven y más fuerte que tú, querido, querido tío...

—Más joven, sí... Pero verás que, en la vida de los no muertos, son la edad y la experiencia las que te confieren la fuerza. —Suspiró al ponerse de pie y se volvió hacia mí—. Muy bien. Acabemos con esto antes de que interrumpa los planes que tengo preparados para mi invitado.

Lo que siguió sucedió a una velocidad inhumana, más deprisa de lo que un ojo mortal podría percibir.

Salté sobre él con la estaca con la intención de hundírsela en el pecho. Al hacerlo, él saltó a un lado con una prontitud y una gracia sobrenaturales y agarró la mano que sujetaba la estaca con tanta fuerza que me desencajó el brazo.

Di alaridos, luché por liberarme, pero su fuerza era diez veces la mía; con un tirón brutal, me arrancó el brazo, dejando mi hombro como un

muñón del que salía a borbotones la sangre de mi última víctima. Mientras lo miraba, aturdido, arrojó el brazo al fuego; los dedos aún seguían aferrados a la estaca.

Pero yo también había dejado de ser mortal, de modo que mi herida tampoco lo era. El dolor me cegó durante un breve y brillante instante antes de transformarse en pura y pujante rabia. Una vez más, cargué contra él, y en esa ocasión arrojé a V. a las llamas.

Mientras intentaba levantarse, con el pelo y el chaleco ardiendo, recuperé mi extremidad cortada para darme cuenta, asombrado, de que otra me había crecido al instante y por completo para ocupar su lugar. Arranqué la estaca carbonizada de mis antiguos dedos y, haciendo caso omiso de su abrasador calor, me abalancé con ella sobre V.

Para mi sorpresa, extendió los brazos como para recibirme; era un blanco ardiente y voluntario, y que llevaba la sonrisa del diablo. Arremetí con todos los arrestos de mi recién descubierta fuerza inmortal, dispuesto a atravesar su frío corazón con la estaca; arremetí una vez más. Una y otra vez.

La estaca no lo atravesaba.

Como un loco, lo atacé con ella, pero fue como si el mismo aire hubiera creado una protección impenetrable sobre su pecho. La clavé hasta que la madera comenzó a astillarse, y en todo momento, él se rió, en un tono suave y bajo, con la condescendencia de un adulto viendo a un niño furioso acometer en vano; pero entonces su gesto de diversión se desvaneció y se transformó en una furia asesina.

—¡Estúpido! —gritó—. ¿De verdad crees que eres mejor que los otros, que puedes destruirme cuando todos han fracasado? Ni tú ni tu hijo podéis escapar. ¡Ríndete, Arkady! ¡Ríndete ante el destino!

—Jamás —susurré y en sus ojos pude ver mi derrota. Supe entonces que tendría que huir o enfrentarme a la suerte que había buscado para él. Me di la vuelta y volé por el aire... justo a tiempo. Cuando salí precipitadamente de la habitación, con tanta violencia que hice que la puerta se cerrara de golpe tras de mí, él lanzó la estaca con una fuerza tal que rajó la madera y se quedó encajada en la gruesa puerta, temblando como una flecha.

Corrí para escapar de una aniquilación segura.

La experiencia me horrorizó, no por pensar en mi final, sino por entender que la verdadera muerte no llegaría demasiado pronto, que tendría que seguir como era: un monstruo, bebiendo sangre de víctimas inocentes, una tras otra, hasta por fin lograr acabar con V.

Tenía pocas opciones: podía seguir atacando a V., a pesar de que claramente no tenía habilidades como un no muerto y de que, probablemente, sería el perdedor en otra pelea. Podía rendirme y dejarme destruir, cediendo ante el mal y transfiriéndole la maldición a mi pobre hijo, al igual que mis antepasados me la habían transferido a mí.

O podía intentar encontrar a mi pequeño y a Mary... Mary, ¡amor mío! La última imagen que tengo suya la llevaré grabada para siempre en mi mente: ella, de pie en la calesa, con su melena dorada alborotada, el azul océano de sus leales ojos llenos de un amor infinito, de un dolor infinito sobre el revólver que agarraba en su blanca y temblorosa mano... Regreso al momento de mi muerte y recuerdo los sonidos: los relinchos de los caballos, el estruendo de los cascos, el ruido sordo de las ruedas de la calesa. Y me persigue la imagen de Mary, con los labios blancos y afligida mientras los asustados caballos echan a correr desbocados y se alejan con ella. Su corazón es el más fuerte que he conocido jamás, pero su cuerpo estaba débil, había perdido mucha sangre después de un parto difícil. ¿Puede haber sobrevivido?

Pero al buscarlos me arriesgaba a llevar a V. hasta ellos, y eso nunca podría permitirlo. Decidí que primero tendría que aprender por mí mismo la mejor forma de usar mis recién adquiridos poderes para lograr vencer a V., pero para hacer eso, necesitaba estar a salvo.

Así fue como abandoné mi Transilvania natal para marchar a Viena, un lugar que me era familiar, con la esperanza de perderme en esa populosa ciudad y así ganar tiempo para reflexionar sobre mi estrategia. Fue allí donde oí hablar por primera vez de la Scholomance y de la verdad que V. había ocultado.

La noche que descubrí lo que era la Scholomance fue también la noche de mi mayor depravación, la noche en la que supe cuánto me había alejado de la bondad humana; no es coincidencia que se tratara de la noche en la que mi hermana acudió a mí. Está tan reciente, tan

vergonzosamente fresco en mi memoria... ¿Debería escribirlo? ¿Debería dar testimonio de mi capacidad para hacer el mal?

Perdóname, Stefan...

Comenzó cuando el hambre me despertó. Me levanté y, nervioso, caminé de una habitación a otra dentro de la pequeña casa que había adquirido, luchando contra la necesidad que me roía las tripas como el zorro del niño espartano, sabiendo que tarde o temprano tendría que ceder y adentrarme en la centelleante ciudad en busca de una víctima.

Adentrarme en la ciudad es extremadamente doloroso en cierto modo; adoraba Viena cuando estaba vivo por su comida, su música y sus tiendas. Pero ahora no puedo disfrutar de ninguna de esas cosas, excepto de la música, y aun así debo contenerme porque sentarme hambriento entre una fragante multitud, oler el aroma de la sangre en el aire, oír sus suaves y seductores latidos sin poder hacerme con ellos es demasiado desesperante, demasiado perturbador. Lo he intentado y nunca he sido capaz de prestarle atención a la actuación a menos que me hubiera alimentado antes. Preferiría morir de hambre... y lo cierto es que ha habido ocasiones en las que, movido por un puro odio hacia mí mismo, he estado a punto de hacerlo. Al final, el deber (debo sobrevivir hasta que V. esté destruido) y el deseo siempre ganan.

Y así, una vez más, me vi dividido por esa lucha interior, considerando si debía privarme de alimento esa noche o matar, y sabiendo que estaba cerca de perder toda la fuerza, todo el poder, cuando un golpe en la puerta me interrumpió.

Enseguida supe quién era; el hambre afina los sentidos hasta dotarlos de una exquisita agudeza. De pie, junto a la pesada puerta de madera que se abría hacia unos escalones de piedra y las calles de la ciudad, y con los dedos apoyados sobre sus paneles tallados, sentí un calor animal y oí una respiración, la inconfundible respiración áspera del hombre al que conocía únicamente como Weiss.

Con un desenfreno brusco y feroz, abrí la puerta. Tenía un asunto que tratar con herr Weiss y las dolorosas ansias por alimentarme sirvieron para avivar mi furia, para darle un toque más implacable, peligroso.

La puerta golpeó contra la pared de dentro. Acurrucado sobre el escalón de arriba, Weiss se estremeció, ligeramente, y solo porque creía que la oscuridad que había fuera lo ocultaba.

Pero no de mí. Yo, desde luego, podía verlo como si estuviera a plena luz del día: un hombre pequeño, insignificante y pobremente vestido, con cabello ralo gris rojizo bajo una gorra deshilachada, y la parte alta de la espalda tan encorvada por toda una vida de trabajo físico que parecía estar permanentemente haciendo una reverencia. Tras él se encontraban las centelleantes calles de la ciudad y una noche propicia para la caza.

Al verme, instintivamente Weiss se quitó la gorra y la sujetó con dos manos sucias en un gesto de cortesía propio de la clase baja. Pero su expresión seguía siendo dura, desafiante, ante mi evidente furia. Durante un escaso segundo, entrecerró los ojos mirando detrás de mí para intentar ver mi casa por dentro, como hacía siempre, supongo que para comprobar si había algo que mereciera la pena afanar. Y como siempre, no tuvo suerte, ya que su interior, alumbrado por una única vela, era apenas más luminoso que la noche que se recortaba tras él.

—Herr Rumler, he venido para... —comenzó a decir, pero lo interrumpí con un imperioso gesto de mi mano. Normalmente lo habría hecho entrar para mantener nuestra delicada conversación allí, pero en ese momento la ira y el hambre me abrumaban haciendo que no me preocupara por las apariencias.

Era una fría noche de otoño. Las palabras de Weiss pendían en el aire como la neblina; las mías no dejaban rastro.

—Herr Weiss —dije entre dientes con un irritado susurro—, imagino que no tendrá la costumbre de leer los periódicos.

En su mirada de confusión, cargada de ignorancia, encontré mi respuesta.

—Claro que no —respondí por él—. Entonces deje que le cuente las últimas noticias que tienen a toda Viena revolucionada. Parece que hay un asesino en la ciudad, uno de lo más sanguinario. Decapitó a una pobre víctima y después le atravesó el corazón con una estaca. Y después —continué, con un tono cada vez más agudo por la rabia, aunque hablando en voz lo suficientemente baja como para que nadie más pudiera oírme— ¡el idiota dejó el cuerpo en un cementerio, donde las autoridades locales pudieron encontrarlo fácilmente!

Ante esa revelación, Weiss abrió los ojos de par en par y, a continuación, los entrecerró; la persistente dureza de sus rasgos reapareció.

—Buen *Herr*, puedo explicarlo...

—¡No quiero escucharlo! —grité sintiéndome cada vez más hambriento, furioso y despreocupado—. ¡No le pago para que me dé explicaciones, sino para que actúe! ¡Es usted bastante impertinente, señor, si ha venido aquí esperando que le pague!

La luz se reflejó en la lustrosa capa de grasa que cubría las mejillas picadas de viruela de Weiss cuando bajó la cabeza y toqueteó la gorra con sus manos; no como muestra de arrepentimiento, algo de lo que era incapaz, sino en un esfuerzo por encontrar una refutación que resultara apropiada.

En ese instante de silencio, una ráfaga de viento entró por la puerta arrastrando tras ella el olor de Weiss. Era el acre hedor cargado de sudor de un humano que no se lavaba, un olor ante el que habría vuelto la cabeza meses antes. Pero ahora podía detectar el débil y agri dulce aroma de su sangre, oír el suave e insistente golpeteo de su corazón. Su rebosante calidez me atrajo tanto como a un hombre congelado el fuego.

Podría haberlo matado en ese momento, rápida, descaradamente, en la penumbra de la puerta de mi propia casa, y haber bebido hasta sentir el último latido.

Pero esa indulgencia me habría generado otro problema: deshacerme del cuerpo, la única razón por la que necesitaba de los servicios de Weiss. Por razones incomprensibles, me veo incapaz de llevar a cabo las necesarias y espeluznantes tareas con las que se evita que mis víctimas se conviertan en lo que soy. Me había supuesto un gran esfuerzo y muchas averiguaciones, llevadas con discreción, encontrar a alguien que realizara semejante labor sin preguntar. Y Weiss no solo lo hacía, sino que sentía un malsano deleite con ello.

Pero ¿podía confiar en él ahora, después de ese alarmante fallo? Y si tenía que elegir una víctima, ¿no sería mejor librar al mundo de gente como él que matar a un extraño inocente?

Durante el fugaz segundo que Weiss permaneció en silencio y que yo dediqué a reflexionar sobre ese dilema, el sonido de unos cascos de caballos contra los adoquines detuvo mi mano. Un carruaje con bellos acabados y tirado por dos caballos negros se aproximaba por la calle. Para entonces, mi hambre se había convertido en una llama devoradora;

había tomado la decisión de hacer caso omiso de las consecuencias y llevar a Weiss hasta la entrada, donde bebería hasta saciarme. Solo tenía que esperar a que el carruaje terminara de pasar por allí...

Pero a medida que se acercaba, también iba aminorando la marcha. Con angustiada frustración, contemplé como el cochero tiraba de las riendas hasta detenerse delante de la casa. ¿La policía? ¿Los habría llevado hasta allí el idiota que había contratado?

Pero era un carruaje demasiado refinado como para pertenecer a la gendarmería local. Herr Weiss se giró, nervioso, y vio al cochero bajar y abrir la puerta lacada. Y entonces mi cómplice maldijo entre susurros, sobrecogido ante la visión que extendió una reluciente mano blanca hacia el cochero al bajar, con el grácil destello de un delicado zapato bajo las largas faldas.

Con la mano en el pomo de la puerta, me quedé paralizado en la penumbra de la entrada, y adopté la quietud interior que solía hacerme invisible ante los mortales. Porque esa visión era mi hermana, Zsuzsanna.

Mi pobre y dulce Zsuzsanna, coja de nacimiento, con una pierna y la espalda torcidas que la condenaban a ser por siempre una solterona. Aún recuerdo con tristeza y cariño el sonido de sus desiguales pisadas resonando por la casa de padre. Era una criatura frágil y enfermiza, con una piel pálida y lechosa, los ojos del color de la noche y un cabello azabache que conspiraba con sus afilados rasgos para evocar una severidad a la que ni siquiera se le podía llamar belleza. Cuánto la amábamos padre y yo, cuánto la protegíamos y la adorábamos por su fragilidad, por su falta de atractivo, por el inocente modo en que nos necesitaba... Su soledad y su deseo la habían llevado hasta el borde de una locura dulce e inofensiva.

Pero la mujer que tenía ante mí, erguida, sana y absolutamente linda, vestida con una capa negra larga y suelta, era la misma Venus. Contra el terciopelo del color de la medianoche de su chal, su piel brillaba como la espléndida luna llena contra el telón de fondo de la noche. Se detuvo en la calle para mirar en nuestra dirección y, a continuación, se quitó la capucha para revelar un rostro con forma de corazón bajo un marcado pico de viuda; un rostro de una deslumbrante belleza: ojos que centelleaban como estrellas y una piel pálida y reluciente que poseía esa extraña y fiera opalescencia que veía con cada ocaso en mi propia piel.

Y unos labios rojos como la sangre. Mi intento de volverme invisible resultó fallido. Al verme, esos labios tiernos y carnosos se separaron y se curvaron hacia arriba en forma de media luna, revelando bajo ellos una blancura mortífera.

Indeciso, di un paso atrás preguntándome si huir para salvaguardar mi vida inmortal, porque oí voces de hombre en el carruaje. Si Vlad la acompañaba...

Ella dio un paso hacia delante y alzó una mano con gesto suplicante.

—¡Arkady! —gritó con una voz tan inocente y verdadera como la de la Zsuzsa que había conocido... y tan dulcemente seductora como la de una sirena—. Querido Kasha, ¡has de confiar en mí! No podía soportar estar con él y por eso te he buscado...

Me quedé inmóvil, con la mano aún sobre el pomo de la puerta, mientras se acercaba dejando a Weiss estupefacto y sumido en un éxtasis baboso mientras sus pequeños ojos ictericos la miraban.

—Kasha... —Ante su mirada auténticamente lasciva, Zsuzsa bajó la suya con timidez y adoptó un tono confidencial—. Querido hermano, debo hablar contigo a solas.

Me giré hacia Weiss, asombrado al comprobar que mis fraternales instintos de protección no se habían visto atenuados a pesar de nuestras transformaciones, a pesar del hecho de que ella resultaba mucho más peligrosa para él que él para ella.

—Déjanos solos.

Lo hizo con extrema reticencia, a pesar de mi esfuerzo mental por obligarle a hacerlo. Al parecer, la belleza de Zsuzsa resultaba mucho más hipnótica.

Y entonces, con cautela, me volví hacia mi hermana, sin permitirme ninguna reacción, ninguna respuesta familiar cuando me agarró la mano. La piel de los mortales es cálida, muy cálida, pero su mano enguantada resultaba tan fría como la mía.

Durante un instante su encanto se marchitó y pude ver a la hermana que había conocido. Me miró con unos ojos marrones bruñidos en un magnífico oro inmortal, pero en ellos descubrí la dulce y encantadora mirada de mi Zsuzsa. Esa imagen sacudió mi corazón carente de pulso.

—Debes creerme —dijo en un tono tanto humillado como angustiado, demasiado suave como para que unos oídos humanos pudieran

percibirlo—. No está conmigo; jamás lo traería hasta ti, jamás te pondría en peligro, a pesar de en lo que me he convertido. ¿No te conté todo lo que sabía del pacto? ¿No te advertí que huyeras con el niño?

—Sí —respondí en voz baja. Era cierto; Zsuzsanna me había advertido cuando yo aún, y afortunadamente, era mortal; había hecho todo lo posible por ahorrarnos dolor a mi familia y a mí, pero al mismo tiempo, no podía soportar ver a Vlad, su benefactor y seductor, su asesino, destruido—. Pero si vienes conmigo, debes saber...

Su gesto se tornó mustio de auténtico dolor.

—Lo sé —susurró—. Vives para destruirlo. Y yo. —Apartó la mirada y su voz se alzó con repentina pasión—. No puedo soportarlo más. Kasha, jamás podré alzar una mano para acabar con él, ¡pero no puedo quedarme a su lado y ser testigo de tanta crueldad!

—¿Es que no te trata bien? —pregunté rápidamente, antes de poder reprimir un renovado sentimiento de protección fraternal.

Ella negó con la cabeza; un tirabuzón azabache con destellos azulados cayó sobre una frente que captaba la luz de la luna y resplandecía con pálidos tonos azules, rosas y plateados, como la más fina de las madreperlas.

—Es así con los visitantes. Conmigo simplemente... se burla de mi inocencia, del hecho de que no esté dispuesta a atormentar a otros. —Se detuvo y después gritó con renovada desesperación—: ¡Deja que me quede contigo! Por favor, ¡no puedo volver con él!

Me quedé rígido, mis frías manos seguían sin reaccionar ante las suyas, mi expresión era implacable, pero lo cierto era que me había convencido por completo desde el mismo momento en que nos habíamos tocado. Esos meses que siguieron a la desafortunada separación de mi esposa y de mi hijo recién nacido, había estado abatido y solo, más solo de lo que habría creído posible en mi pasada vida humana; tanto que había llegado a comprender, si bien no a aprobar, las razones de Vlad para convertir a Zsuzsanna en lo que era ahora. Quería desesperadamente creer a mi hermana y, al mirar dentro de sus brillantes ojos, unos ojos que resplandecían como si se hubiera removido oro fundido en su marrón de nacimiento, vi que no había engaño, vi únicamente amor y anhelo.

Ahora podría haber alguien más con quien compartir el horror en que se había convertido mi existencia; alguien más que lo entendería y que no se alejaría con repugnancia.

Me eché atrás, quedando a un brazo de distancia, para examinarla con aire de gravedad (fue toda una proeza mantener una postura severa ante tanta magnificencia), y dije:

—Tienes que entender que no podrías volver a comunicarte con él. Y tienes que jurar que nunca, bajo ninguna circunstancia, le informarás de mi paradero ni de los planes que tengo contra él.

—Incluso aunque eso suponga su destrucción —asintió con expresión sombría—. Lo juro. —Y ante el primer asomo de consentimiento en mi expresión, alargó los brazos con su típica impulsividad y me abrazó—. ¡Oh, Kasha, querido hermano! ¡Te he echado tanto de menos!

No pude contenerme más y le devolví el abrazo, bajando la cabeza para besarle la suya, como tantas veces había hecho en vida. Su cabello azabache ahora era más fino y más suave que el de un niño, imbuido de un brillante resplandor que parecía emanar un leve halo azulado. También estaba perfumado, algo que nunca había sucedido durante la protegida existencia de Zsuzsa. Resultaba tan abrumador que atentaba contra mis depredadores sentidos, pero la fragancia dulzona no podía ocultar, para mí, el aroma de un no muerto: una falta de olor, fruto de las ausencias; la ausencia de calidez, del fuerte olor animal de los vivos, matizado con el más ligero rastro de una sangre enfriada y amarga. Bajo mis manos, su espalda estaba recta, perfecta, sin curvatura, como nunca lo había estado en vida, pero la piel que la cubría era fría.

Finalmente la solté y dije con un tono aún de indecisión, aún ligeramente desafiante.

—Pero hay más gente en el carruaje.

Ella mostró una sonrisa enmarcada por dos hoyuelos y se puso de puntillas para susurrarme al oído, con el deleite de una niña:

—Es que no podía venir sin traerte un obsequio. ¡Es un regalo para ti! —Volvió a posar los pies en el suelo, levantó unos dedos enguantados hacia mi mejilla y la acarició con ternura—. Te has quedado muy delgado, hermano, ¡mírate! Estás hambriento. He podido verlo desde el carruaje. Si he interrumpido tu cena, entonces debo enmendarlo.

Antes de que pudiera responder, se giró y le hizo una señal al cochero, que volvió a abrir la puerta lacada. Dos jóvenes sonrientes bajaron, cada uno con una botella de champán en la mano y sujetándose

al carruaje. El primero que salió era de estatura media, tenía el cabello dorado y estaba demasiado bien alimentado; su regordete cuello asomaba sobre un cuello de camisa apretado y almidonado que se veía por encima de una raída capa de ópera. Miró a mi hermana, le dio un codazo a su acompañante y le susurró un ladino comentario al pensar que nosotros no podíamos oírlo. El idioma y el acento lo identificaron al instante como londinense.

«Me pido la princesa. Tú te quedas con la sirvienta...»

Dejó escapar una risa ordinaria y aguda. Eso, junto con un claro aire arrogante, me hizo despreciarlo de inmediato.

Su acompañante era más alto, vestía ropa más nueva, tenía una constitución atlética y una corona de rizos marrones que resaltaban su juventud. Parecía ligeramente menos ebrio que su amigo, o tal vez simplemente era un bebedor más reservado. Sonrió distraídamente ante el grosero comentario de su amigo, pero su embelesada atención no se apartó de Zsuzsa ni un instante. Era un hombre ensimismado.

Yo había vivido en Inglaterra muchos años; mi amada esposa nació en Londres y en mi antigua vida habría estado agradecido de encontrarme con alguien de esa floreciente ciudad y compartir conversación. Admito que me sentí algo contento ante la idea, pero ¿cómo podía tener tanta sangre fría (algo que tengo, literalmente) como para disfrutar de una charla con esos visitantes solo con el fin de matarlos?

—¡Caballeros! —gritó mi hermana alegremente en inglés, indicándoles que vinieran con nosotros—. ¡Vengan a conocer a mi hermano! ¡Esta noche será nuestro anfitrión!

Vinieron hacia nosotros, sonriendo y tambaleándose; el rubio se tropezó con los escalones de piedra y su compañero lo sujetó. Desconcertado por lo inesperado de la situación, recobré la compostura, aunque no pude lograr que mi rostro reflejara la cordial sonrisa de mi hermana. Después de todo, esos hombres estaban tambaleándose hacia su muerte, no hacia la fiesta que esperaban; aunque si no hubiera conocido a Zsuzsanna, su disposición me habría convencido absolutamente. Su entusiasmo y alegría no eran fingidos.

Por un instante, pensé en decirles a todos que se marcharan. Verlos caminar, de manera involuntaria, hacia esa trampa me parecía demasiado cruel, demasiado calculado. Mi conciencia ya apenas podía tolerar

una caza rápida y silenciosa por la escoria de la sociedad vienesa: prostitutas, ladrones, carteristas ansiosos por aprovecharse de un caballero aparentemente ingenuo.

Pero el aire había arrastrado su aroma hacia mí y me quedé tan paralizado ante él como ellos ante Zsuzsanna. Los miró y después me miró a mí. Vi el brillo de la sed en sus ojos y supe que superaba a la mía. Su sonrisa se hizo más amplia otra vez, con satisfacción, porque reconocía que el hambre me dejaba impotente para protestar.

Y cuando el hombre de pelo oscuro y rizado se agachó para levantar a su compañero, vi tras ellos algo blanco: una pequeña y enjuta niña, con un modesto vestido y un chal, que bajaba del carruaje y corría a situarse, tímidamente, detrás del grupo que se acercaba. Tenía una anémica palidez y el mismo cabello negro que mi hermana y que yo, pero era humana, aunque me pareció percibir la ligera fragancia del amargor junto con la calidez mortal. Entonces no me di cuenta, pero ahora lo sé: era el olor del cambio, el olor de alguien que sigue vivo, pero que está condenado a ser un no muerto.

Me quedé impactado al reconocerla. Era Dunya, que nos había servido a mi esposa y a mí como doncella en Transilvania; que nos había ayudado a traer al mundo a nuestro hijo; que había sido mordida por Vlad y utilizada como su involuntaria espía para traicionarnos. A pesar de que la necesidad me había vuelto insensible durante los últimos meses, ver a Dunya me llenó de pena. No podía tener más de dieciséis o diecisiete años, era la más pura y noble de las almas, pero su lealtad para con nosotros la había conducido hasta ese destino terrible e inmerecido. Me miró con sorpresa y un ligero terror. Intenté imaginar cómo me verían ahora esos que me habían conocido antes de mi cambio; los espejos ya no me sirven. ¿Sería tan terriblemente hermoso como Zsuzsanna?